



05 -LAS CREENCIAS DEL ANALISTA: OBSTÁCULO PRIMORDIAL A LA ANHELADA TRANSFORMACIÓN

Juan Rafael Padilla Herrera

Sociedad Colombiana de Psicoanálisis

*“...¿qué pasará cuando esta neurosis de transferencia se establece en el analista con las teorías psicoanalíticas?”
Marucco (1998)*

Todo ser humano que busca la ayuda del psicoanalista busca una transformación que le permita tener una vida más plena y feliz. Esta sencilla y obvia aseveración presupone que todo aquel que practique la disciplina analítica ha de tener una noción clara del significado de la palabra: transformación. Si acudimos al diccionario de la real academia de lengua española vemos que este no ofrece mayor ayuda al respecto, pues se limita a definir la palabra como: cambio de forma. Es necesario entonces dirigir la mirada hacia el aporte psicoanalítico. Al hacerlo, encontramos que existe una relación directa entre transformación y técnica. Dicho en otras palabras, que cierta comprensión e implementación de la técnica será la condición de posibilidad que hará viable la transformación. Creo que, en cuanto a comprensión de la técnica analítica, el aporte de Racker (1959) es esencial, por cuanto hace énfasis en la importancia del uso y comprensión de la contratransferencia para el avance del análisis. Racker deja en claro que el analista tiene una historia, una teoría, y una determinada herencia analítica, que hacen parte de su contratransferencia y que deben ser tenidas en cuenta permanentemente por este. Sin embargo, a pesar de su importante aporte no convierte en tema, ni de estudio, ni de análisis, las creencias del analista; tarea que Ronald Britton (1998) se propusiera iniciar años más tarde. Partiendo de las ideas de este autor, avanzaré la hipótesis de que las creencias, parte eventual de las transferencias del analista hacia su paciente, son un obstáculo primordial a la anhelada transformación buscada por este último.

La hipótesis mencionada hará necesario que indagemos por la función y estructura de las creencias. Para tal efecto, me valdré de los aportes del filósofo Julián Marías y del psicoanalista Wilfred Bion. El adentrarse en estos tópicos requerirá que diferenciamos a las creencias del pensamiento, y que determinemos el terreno vivencial al que pertenece cada una de estas producciones humanas, así como el tipo de relacionamiento objetal que les subyace.

A continuación, haré algunas consideraciones sobre el vínculo existente entre las creencias y el fanatismo, y me referiré al metodicismo, mala comprensión del concepto de método, el cual se encuentra, en mi opinión, sostenido por creencias. Finalmente, haré referencia a la necesidad de superar las creencias para así rescatar el sentido profundo del concepto de método, requisito fundamental para la transformación analítica (tanto del paciente y del analista, como del establecimiento analítico).

Las creencias: visión general y visión psicoanalítica

Las creencias hacen parte de las explicaciones fundamentales que damos al funcionamiento del mundo en que vivimos, de allí que hagan parte de nuestra cotidianidad. En la edad media el hombre consideraba que la tierra era plana, y quien manifestara una idea diferente ponía su vida en peligro. Por ese entonces también se creía que la conjuntivitis, o “mal de ojo”, era consecuencia de la manera en que una persona había mirado a otra. Nada se sabía acerca de que era resultado de una proliferación bacteriana, pues la microbiología aún estaba por ser

descubierta. Estos ejemplos permiten ver cómo las creencias han procurado dar explicación a hechos de la vida cotidiana. El ejemplo que mencionaré a continuación muestra de forma clara como estas logran determinar diferentes formas de vida. Me refiero al caso de las creencias de dos tipos de tribus: la sedentaria y la nómada. La primera podía mantener la creencia de que la tierra terminaba en un abismo y, por tanto, veía en la inmovilidad un seguro que garantizaba la existencia. En contraste, para la segunda, la inmovilidad podía ser vista como peligro de inanición, ya que no había desarrollado aún la agricultura y la ganadería. Pienso que los sencillos ejemplos mencionados permiten sugerir que las creencias de cada individuo o grupo humano, no sólo dan cuenta del mundo, sino que determinan diferentes tipos de vida a seguir, los cuales conllevan determinados límites y posibilidades (Marías, 1972).

A nivel del psicoanálisis fue Ronald Britton (1998), quien convirtió a la creencia en tema de estudio. Al respecto de esta afirma:

“La creencia es una actividad yoica que confiere el estatus de realidad psíquica a las producciones mentales existentes (fantasías), produciendo creencias. Estas creencias pueden ser conscientes e inconscientes, pero no pueden abandonarse sin tornarse conscientes. Ya sean conscientes o inconscientes tienen consecuencias psíquicas”.

Britton sostiene que es esencial explorar las creencias, no sólo del paciente, sino las que el analista mantiene mientras realiza su trabajo. Considera este autor que es importante tal exploración pues las creencias que permanecen inconscientes generan patología; esto se debe a que al unirse a fantasías, o ideas, adquieren estatus de realidad, y por tanto, tendrán consecuencias. Britton (1998) también afirma, que las creencias se encuentran influenciadas por deseos, temores y expectativas.

La propuesta de Britton consiste en incluir a las creencias dentro del trabajo analítico para hacerlas conscientes y así evitar que afecten negativamente la existencia. Una vez hechas conscientes, estas deben ser probadas frente al principio de realidad (percepción, memoria, hechos conocidos y otras creencias). Si esta prueba falla, las creencias deben ser abandonadas a través de un proceso de duelo semejante al realizado frente a un objeto perdido. Si el enfrentamiento con el principio de realidad es aprobado, las creencias se convierten, según dicho autor, en conocimiento.

A partir de los puntos expuestos es posible decir que las ideas de Britton son primordialmente epistemológicas, y que presuponen la existencia de un sujeto -continente- capaz de pensarse a sí mismo –sus contenidos. Estoy de acuerdo con la importancia que según Britton tienen las creencias en el condicionamiento de nuestra vida cotidiana y en la generación de patología. Así mismo, concuerdo con dicho autor, en que el analista debe investigar las creencias de sus analizados y las suyas propias, pues estas condicionan, en buena medida, la realidad psíquica. No concuerdo, sin embargo, con la idea que sostiene que el condicionamiento generado por las creencias pueda ser superado, exclusivamente, al hacerlas conscientes. Para explicar mi postura considero necesario, tal como mencioné en la introducción: 1. determinar la función y estructura de las creencias; 2. develar la diferencia existente entre pensamientos y creencias; 3. determinar a que terreno de la experiencia humana pertenece cada uno de estos fenómenos psíquicos y, 4. indagar por el tipo de relación objetal que les subyace. Para lograr esta tarea me valdré, tanto de los aportes del filósofo Julián Marías (1972), quien estudió las creencias y su relación con las estructuras sociales, como de algunos conceptos desarrollados por Bion, con los que procuró acercarnos a la comprensión de aquel fenómeno psíquico llamado: pensamiento. Mi intención al utilizar ideas filosóficas no es hacer un trabajo filosófico de índole teórica. Tampoco es de mi interés teorizar en torno a las ideas de Bion, cuya obra es vista aún por muchos analistas, como un incomprensible cúmulo de racionalizaciones e intelectualizaciones ajenas a nuestro quehacer clínico. Estoy interesado en el sufrimiento del paciente y en las limitaciones que las creencias generan al sujeto que busca análisis con un único fin: ser lo que es y desarrollar su potencial para obtener un vivir más pleno. La utilización de ideas filosóficas me permite realizar lo que me gusta denominar: validación por convergencia de área.

Pensamientos y creencias: su función y territorio

Como punto de partida he de anotar que, a mi parecer, tendemos a confundir los pensamientos o ideas con las creencias; este hecho evita que logremos entender en qué consisten realmente estas últimas. Para aclarar esta confusión, empecemos por anotar que, según Britton, las creencias son consecuencia de una actividad yoica, del acto de creer. Pero, la cuestión no es tan sencilla, pues una persona puede creer una idea, por ejemplo, la del inconsciente, sin que esta sea una creencia. Resulta entonces que el resultado de la actividad de creer no es necesariamente una creencia; también puede serlo un pensamiento o idea, que de ser demostrado como falso puede ser abandonado. Pero, ocurre algo muy diferente con las creencias, ya que estas no pueden ser sustituidas por ideas, tal como afirma Britton, si se prueba su falsedad frente al principio de realidad. Para comprender este punto, atendamos la siguiente afirmación de Marías (1972):

“El [contenido] de una creencia, cuando es conocido y enunciado, es una idea, tiene una realidad mental, intelectual; parece una afirmación, opinión o tesis que la lógica puede manejar, de la que tiene sentido preguntarse si es verdadera o falsa. Pero ocurre que la creencia, cuando es conocida y enunciada, no funciona como creencia; o sea que esta, en su realidad propia, es otra cosa, y lo que de ella digamos como idea tiene poco que ver con sus auténticas operaciones”.

Lo que Marías sugiere, y con lo que estoy plenamente de acuerdo, es que mientras las ideas o pensamientos pertenecen al territorio intelectual, a aquel de las conexiones lógicas, lo que permite confrontarlas con el principio de realidad y abandonarlas si es comprobada su falsedad, las creencias pertenecen a un territorio totalmente diferente. Pero, ¿qué territorio es este? Para responder a esta pregunta Marías (Ibid) apela a la sensación experimentada por una persona cuando sus creencias desaparecen. Cuando esto ocurre, afirma, la persona experimenta un profundo sentimiento de vacío, desamparo e inestabilidad. Al desaparecer las creencias sentimos, entonces, que se abre un abismo en el suelo y perdemos el sostén. Esta sensación de vacío es justamente la que nos permite captar que estamos ante una creencia y, a la vez, entender su función: *sostener*.

Al descubrir la función y razón de ser de las creencias vemos claramente que pertenecen a un terreno diferente al de las conexiones lógicas que determinan la veracidad de las ideas o pensamientos. Las creencias, cuya función nos ha sido develada por la sensación -sentimiento- que surge ante su eventual desaparición, pertenecen al terreno de las emociones y sentimientos. Britton nos dice que los factores emocionales influyen las creencias, yo sugiero que las crean.

Podemos concluir por el momento que las creencias pertenecen al territorio de lo que es vital y necesario, a aquel que sostiene al ser. Esto explica el hecho de que sin estas, el ser sienta amenazada su existencia. Al respecto afirma Marías (Ibid): “Las creencias funcionan, actúan simplemente; no las tenemos, sino que nos tienen o sostienen, se está en ellas, no son contenidos de nuestra vida, sino que más bien son continentes”.

Hemos dejado establecido que las creencias pertenecen al territorio de aquello que es vital para la persona, pues le sostienen, y podemos decir, que el creyente es sostenido -contenido- por sus creencias. Estas creencias, claro está, no pueden variar, pues cualquier posible variación constituye una amenaza para la subsistencia del creyente. Cosa diferente ocurre con el pensador, el cual es continente de sus ideas y pensamientos, y no está sostenido -contenido- por estos, lo que le lleva a estar en el territorio del conocimiento. Considero importante hacer énfasis en lo dicho: *la creencia es un continente, mientras que las ideas o pensamientos son contenidos*. Este descubrimiento nos lleva a preguntarnos por el tipo de relación objetal que subyace y ha gestado, al personaje del creyente y del pensador.

Relaciones objetales subyacentes al creyente y al pensador

El hecho de que una persona necesite de la creencia como continente, o pueda ser continente de pensamientos, depende a mi parecer, de dos tipos de relación objetal. Para entenderlos es necesario acudir a Bion (1967), y

atender los posibles resultados que, según él, pueden surgir de la interacción entre contenido y continente, entre el bebé y la madre, luego de que el bebé proyecta elementos beta en ellas. Aunque hay una amplia variedad de posibles resultados, para el objetivo que nos concierne mencionaré tan solo dos.

En el primer caso que consideraré, la madre devuelve las proyecciones del bebé metabolizadas y transformadas en elementos alfa aptos para el pensamiento. Cuando esto ocurre la madre ha servido como continente, capaz de pensar y responder sensiblemente, lo que permitirá que el bebé introyecte, no solo elementos aptos para el pensamiento, sino la capacidad pensante de la madre. El intercambio mencionado permite al ser en desarrollo convertirse, gradualmente, en un continente seguro capaz de pensar pensamientos. En este caso, él es el continente, y sus ideas o pensamientos, sus contenidos.

La seguridad que conlleva el ser un continente seguro, permite que la relación con los contenidos sea flexible. De tal manera que el continente puede recibir diversos y cambiantes contenidos, y puede ser influenciado por estos sin temor, ya que tiene la seguridad que le capacita para tolerar la frustración, la duda y la noción de infinito (Bion, 1967).

En el segundo caso, la madre devuelve al bebé las proyecciones que este le envió sin haberlas modificado. En este caso la madre ha sido un continente rígido que ha respondido formalmente, sin sensibilidad empática. Cuando esto ocurre, el sujeto tiene como una de sus opciones el contenerse a sí mismo creando lo que llamo: pseudo-continentes. Considero que una de tales creaciones son las creencias. Estas son, a mi manera de ver, intentos precarios por crear “entes referenciales”, coordinadas, que eviten la caída en el vacío o la dispersión en la nada. El creyente necesita entonces de las creencias para no caer, para no desintegrarse. Estas creencias, hemos de señalar, recrean a su vez la rigidez y falta de empatía del objeto.

He de anotar que la condición necesaria para que las creencias cumplan con su función como sostén vital depende de que la relación contenido-continente sea rígida, carente de movimiento. La simple posibilidad de movimiento, y de dejar la creencia, deja al ser sin continente, expuesto al desamparo, a la nada, a temores inenarrables.

Para este momento ha quedado clara la función y estructura de las creencias. *Su función: sostener; su estructura: una relación continente-contenido rígida e inamovible.* Tal inmovilidad garantiza al ser sobrevivir, más no vivir, ya que, en mi opinión, el vivir se encuentra relacionado con la capacidad para cambiar y moverse. Al hacer una comparación con la filosofía, podríamos decir que el creer creencias se encuentra relacionado con la permanencia, o inmovilidad del ser frente a la nada, mientras que el vivir se relaciona con el movimiento constante. Me atrevería a decir que el creyente sigue el camino de Parménides quien contrapone el ser y la nada, y que el pensador sigue el de Heráclito, para quien la vida es sinónimo de constante movimiento.

La relación contenido-continente en la creencia y el pensamiento

Hemos dicho que el creyente se encuentra sostenido por sus -inamovibles- creencias, de tal manera que estas le son indispensables para el mantenimiento de su estabilidad y equilibrio psíquico. Así mismo, hemos insinuado que el pensamiento y el vivir son sinónimo de cambio permanente. Ahora procederé a relacionar las creencias y el pensamiento con algunas ideas de Bion en torno a la capacidad para el desarrollo del pensamiento.

Bion (1967) relaciona el desarrollo de la capacidad para pensar con el vínculo C. Este vínculo, lejos de ser de carácter intelectual o racional, es un vínculo emocional, un estado del ser, una actitud. Al respecto anota Bion: XCY “no significa que X está en posesión de cierto conocimiento llamado Y, sino que X está en el estado de llegar a conocer a Y y Y está en el estado de llegar a ser conocido por X”. Considero posible deducir que al entender el vínculo C como un estado y una tendencia, Bion hace énfasis, al estilo Kantiano, en las limitaciones de nuestras posibilidades para el conocimiento. No podemos conocer, al menos en sentido total, tan solo podemos estar dispuestos a conocer, lo que implica aceptar humildemente nuestras limitaciones, y requiere que toleremos el dolor asociado a la frustración que nuestra condición nos impone.

Una vez nos ha dicho que la capacidad para el desarrollo de la capacidad para pensar se encuentra relacionada con el vínculo C, Bion (Ibid) procede a sugerir que este se asocia a una particular forma de relación entre contenido y continente, a la que da el nombre de comensal. En este tipo de relación, afirmará Bion, tanto el contenido como el continente se benefician mutuamente, y pueden desarrollarse, siendo el aprendizaje la consecuencia de dicha relación benéfica.

En la relación benéfica a que hace referencia Bion, el continente podrá desarrollarse y crecer, (a la *n*), solo si tiene la capacidad de permanecer integrado y, sin embargo, perder la rigidez. A su vez, el contenido podrá desarrollarse, también (a la *n*), si la duda, representada por Bion como “.” es tolerada. Siguiendo estas condiciones, tanto el contenido, como el continente, podrán expandirse creando un sistema de complejidad creciente e infinito.

Valiéndonos de las ideas de Bion, podemos decir que en el pensar y en el aprendizaje, el sujeto es continente (a la *n*) de contenidos (a la *n*), y que, por tanto, los dos son móviles. Cosa diferente ocurre con las creencias, continente rígido que alberga al sujeto. Cuando este es el caso, ni el contenido, ni el continente, pueden cambiar, y por tanto, no hay lugar para el pensamiento, tan solo para la supervivencia garantizada por el aferramiento al dogma de fé. Bien podemos proceder ahora a relacionar esta situación con el vínculo -C descrito por Bion. Dice este pensador, que cuando dicho vínculo se manifiesta en la relación continente-contenido (-madre-bebé-), el continente despoja envidiosamente el sentido (temor a morir) de las proyecciones del bebé y le devuelve un residuo sin valor. Lo que el bebé experimenta entonces es el llamado: “terror sin nombre”. Al despojar envidiosamente el sentido del temor a morir, el objeto ha despojado al bebé de la voluntad de vivir dejándole en un estado de falta al que Bion (Ibid) denominará “withoutness”. Al proceder de esta manera, dice el pensador, el continente envidioso afirma una superioridad moral. En mi opinión, esto es lo que ocurre cuando el creyente es confrontado y, ante la posibilidad -terror- de que su fragilidad sea expuesta, reacciona despojando envidiosamente de sentido las ideas de su interlocutor afirmándose superior y poseedor de la verdad, verdad, que, tanto Bion, como su maestro, Kant, nos han dicho nos es inasible.

Cuando el creyente despoja de sentido las ideas de su interlocutor este experimenta, precisamente, aquella sensación de “withoutness” a la que ha hecho referencia Bion. En esta interacción no hay desarrollo ni construcción posible, ya que la operación de -C ha creado una relación -(contenido continente) en que los elementos alfa son convertidos en elementos beta, residuos de pensamiento privados de sentido.

El pensador, tal como afirma Bion, es humilde pues reconoce el límite de su capacidad, y lo infinito de su tarea. El creyente, en cambio, es arrogante, pues cree ha finalizado la tarea, y ya es poseedor del conocimiento. Tal arrogancia le lleva a hacer juicios totales sobre hechos particulares, así como a crear explicaciones totalizantes a partir de estos mismos hechos. El creyente arrogante cree saberlo todo y se torna fanático de sus creencias. El fanatismo es la consecuencia lógica de las creencias, ya que como hemos sostenido, estas no pueden ser pensadas, tan solo mantenidas a toda costa, pues de estas depende la integridad del self. Este hecho explica el horror de alguien que prefiere pelear, y hasta morir por sus creencias, en lugar de verse abocado a enfrentar un mundo vacío y sin sentido. Tal vez sobra decir que el fanático se matricula con un pensamiento único y tiende a utilizar en las discusiones en que participa argumentos *ad-hominem* y de poder.

Lo dicho hasta ahora nos lleva a tratar, necesaria e inevitablemente, dos temas: 1. Las consecuencias que para el proceso de transformación analítico tiene el que el analista se encuentre sostenido por creencias y 2. Los efectos que las creencias del analista tienen sobre el establecimiento analítico.

El analista, sus creencias y el proceso de transformación

Si, tal como hemos afirmado, las creencias tienen como estructura un relacionamiento [continente-contenido] rígido, y se encuentran asociadas al vínculo denominado por Bion como -C, cuando estas existen en el analista,

serán un obstáculo mayor al proceso de transformación. De ser este el caso, no habrá crecimiento, ni del continente, ni del contenido. El análisis tendrá entonces tres posibles desenlaces: el impasse crónico, el sometimiento por parte del paciente a un análisis estéril en que se convierte en el deseo del analista corroborando sus creencias y, en el mejor de los casos, el abandono del tratamiento. Me permitiré ilustrar el caso del sometimiento de un paciente a lo que Wolstein (1959) denominó el analista maternal, este corresponde a un material supervisado por mí y transcrito con permiso del analista y del paciente.

Un hombre (Marcos) en la cuarta década de su vida busca análisis pues se siente con poco ánimo e ilusión y le preocupa su consumo de alcohol. Ha tenido dos relaciones estables, y en el momento de la consulta se encuentra solo, pues terminó con su novia, quien en sus palabras: “no le emocionaba mucho”. Al hacer referencia a su historia refiere que su madre era una mujer poco empática, que la mayor parte del tiempo se encontraba fuera de casa. Su padre, hombre muy trabajador, se mantenía viajando. Marcos afirma sin titubeos que el problema de su vida es su madre, quien tiene una enorme preferencia por su única hermana, a quien describe como una fanática religiosa, dos años mayor que él.

En los primeros meses del análisis, Marcos da información detallada sobre su vida en el colegio y sobre cómo siempre se sintió abandonado por su madre y temeroso de su padre cuando este llegaba cansado de sus viajes de negocios. El analista silencioso esperaba que su paciente “regresara más y más”. Al pasar el tiempo Marcos se sintió frustrado y rabioso y pidió más ayuda a su analista pues se estaba sintiendo cada vez peor. El analista callaba, y Marcos continuaba con su pedido de ayuda. La molestia del paciente crecía, mientras el analista permanecía inmutable creyendo, al parecer, que favorecía con su silencio la tan anhelada regresión, seguramente el “new beginning”, el nuevo nacimiento anunciado por algún analista de la llamada escuela intermedia. En una ocasión, Marcos desesperado dijo al analista que definitivamente no sentía este le estuviera ayudando para nada, a lo cual el analista molesto le respondió: “si usted cree que yo no le sirvo, eso le hace daño a usted y me hace daño a mí, así que será mejor que no continuemos”. Marcos, sorprendido y asustado ante la amenaza de repetición del abandono vivido en su infancia por parte de sus padres, quienes nunca estuvieron realmente para él, contestó: “no, no es para tanto, usted si me ha ayudado, me escucha, y eso es bastante”. A partir de ese momento Marcos se convirtió en defensor del método de su analista, el cual justificó con la lectura de trabajos que hablaban sobre la importancia del silencio en el psicoanálisis, como favorecedor de una necesaria regresión terapéutica. El analista, una vez vio satisfechas sus creencias -teórico-técnicas-, por parte del paciente, empezó, por fin, a hablarle en tono maternal, buscando, lo que parecía ser, más indiferenciación y más, regresión. El paciente continuó complaciéndolo por años mostrándose cada vez más necesitado de su “mamá-analista”. El análisis terminó, años después, con Marcos profundamente agradecido con su analista. Pero, ¡oh sorpresa! al poco tiempo de dejado su presunto análisis su desánimo se profundizó y su estado psíquico se deterioró, lo que le llevó a buscar un nuevo analista, aquel que le supervisó conmigo, y con quien descubrió, no sin gran rabia, lo sucedido con su primer analista.

En este caso podemos ver como el analista maternal impuso sus creencias, es decir, las teorías derivadas de su deseo de ser la madre que hubiese querido tener (Wolstein, 1959) a su paciente, llevándole al sometimiento y a un análisis estéril. Bien podemos vincular este funcionamiento con el fenómeno de identificación narcisista primaria descrita por Marucco (1998). Este autor sostiene que el paciente tiende a repetir conductas “ingobernables” obedeciendo a una identificación acaecida cuando no había palabras, y en la cual, el bebé pasivamente recibe un mensaje, una orden, que ha de cumplir, sin tener registro simbólico de la misma. Nos alerta Marucco de que el analista puede hacer lo mismo con su paciente, obrando como dicha madre; tal fue, a mi parecer, el caso de Marcos y de su analista maternal, cuyas creencias debían ser aceptadas y actuadas por él.

El ejemplo muestra claramente que las creencias del analista, aquellas “supuestas” ideas teórico-clínicas, son un continente necesario para este, que obstaculizan por completo la anhelada transformación del paciente. Hemos dicho que este obstáculo es de difícil superación, pues requeriría de una verdadera transformación del analista, que en ciertos casos no ha ocurrido. Ejemplos como este llevan lamentablemente a un buen número de personas a

desconfiar de las virtudes del psicoanálisis y a decir: “se mucho de mi, pero me siento igual que antes de analizarme”.

Creencias y metodicismo vs. Pensamiento y método.

Las creencias afectan toda movilidad, no sólo la del proceso analítico, sino la del movimiento psicoanalítico. Tal vez el psicoanálisis sea la única disciplina en que uno puede escuchar a un colega decir a otro: “eso no es verdadero psicoanálisis”. No imagino a un cirujano diciéndole a otro: “esa no fue una verdadera cirugía”. ¿Desde qué postura puede un psicoanalista hablar así? La respuesta es obvia: desde la creencia, que impone una teoría y una técnica fijas, que no atienden la meta a la que deseamos dirigirnos. Sea este el momento de retomar el tema del método, para luego hacer referencia a dos tendencias que hacen parte del movimiento analítico actual.

Como mencioné anteriormente, el método es un camino que ha de ser construido en la medida en que es transitado y se dirige a una determinada meta. Diferentes metas requerirán, como resultará obvio, de diferentes caminos, es decir, en el sentido griego clásico: métodos.

He deseado rescatar el concepto de método y anteponerlo al de técnica, pues considero la técnica tiende a ser entendida como un conjunto de indicaciones rígidas, a seguir, para lograr cierto cometido. El concepto de método es más abarcativo y profundo. Me atrevo a decir que la técnica no cuestionada, acrítica, no es más que un tipo de metodicismo, que justifica y soporta las creencias, mientras que el método corresponde a una técnica sometida a la crítica y al pensamiento, y la cual, como he sostenido previamente, es requisito indispensable para la verdadera transformación.

Tradición y reformismo: dos tendencias actuales

Aún cuando soy un analista que no se interesa en política psicoanalítica, consciente estoy de que, tal como dijera Aristóteles, los hombres somos seres políticos, lo que me lleva a abordar el siguiente tema, el cual en mi opinión tiene repercusiones para aquello que realmente me preocupa: la transformación que el paciente requiere, y para la cual nos pide ayuda.

Con sorpresa he visto que en Latinoamérica hay dos movimientos políticos, uno que aboga por la tradición, y otro, que pretende una reforma radical de la misma. Lejos de querer inmiscuirme en las razones personales que llevan a que los partidarios de las dos posiciones asuman una u otra, debo decir que me preocupa que ambos grupos puedan caer en el terreno de las creencias.

Con relación a este tema deseo sentar mi posición valiéndome de un aporte de Hans Georg Gadamer (1977), quien sostiene que tradición, palabra que proviene de la raíz *traditere*, no quiere decir otra cosa que: hacer entrega de algo a alguien. Hasta aquí, no hay conflicto alguno, este surge cuando la tradición pierde autoridad al convertirse en imposición, es decir, cuando no se abre al diálogo con las nuevas generaciones, convirtiéndose en tradicionalismo. Este último, peligrosísimo, claro está, utiliza la tradición como dogma; en mis palabras: creencia.

Podemos ver, siguiendo a Gadamer, que la tradición, en sí misma, no acarrea problema alguno; este surge con el tradicionalismo, el cual, en mi opinión, tiende a ser confundido con la tradición. Esta última debe permitir, para evitar convertirse en tradicionalismo, que se cuestione el sentido de los conceptos originarios para que estos no se tornen creencias, o en sin sentidos que terminen por ser despreciados y abandonados. Si esto sucede la riqueza que la tradición ha preservado y transmitido por décadas se habrá perdido.

Conclusiones

Al proponerme abordar el tema: “transformación” decidí hacer énfasis en una de las condiciones que el continente -analista- ha de tener para posibilitar que el paciente logre una verdadera transformación, me refiero a la posibilidad de pensamiento y cambio. A lo largo de este trabajo he sostenido que las creencias son un fenómeno que tiende a imposibilitar el cambio, tanto del continente -paciente-, como del analista.

He sugerido que existe una importante diferencia entre el creyente y el pensador, ya que el primero es contenido por sus creencias, mientras que el segundo es continente de sus ideas y pensamientos. Tal diferencia explica que el creyente no pueda cuestionar sus creencias ni pueda modificarlas, mientras que el pensador puede hacer ambas cosas, lo que le permite un continuo enriquecimiento psíquico y emocional.

En este trabajo he propuesto que la inmovilidad del creyente, y su dependencia vital de las creencias, son factores que le hacen tender hacia el fanatismo, y por ende a la desvalorización de lo diferente, de lo "otro". He dicho, así mismo, que ante su imposibilidad de cambio, el creyente sigue un único camino. He dado el nombre de metodocismo a esta tendencia y la he contrastado con el concepto griego de método. En mi opinión, el método alude a camino y al hecho de que sólo el fin puede ser su determinante. Como podemos corroborarlo en la clínica no hay un único fin, una única meta, es por esto que hemos de continuar pensando -creando- diferentes caminos que posibiliten la tan anhelada transformación buscada por el paciente.

Aún cuando las ideas propuestas en este trabajo en torno a las limitaciones generadas por las creencias puede aplicarse a cualquiera, mi intención fundamental ha sido dejar en claro que un analista creyente no permitirá la transformación requerida por su paciente.

Finalmente, he aludido a la importancia de cuestionar dos tendencias del establecimiento psicoanalítico actual: una que aboga por un cambio radical y otra que procura no se realice cambio alguno. He considerado que las dos pueden ser peligrosas y que no existe problema alguno con la tradición si se entiende su sentido profundo, tan sólo si se la confunde con el tradicionalismo.

Termino aludiendo al epígrafe de este trabajo. Se pregunta Marucco: ¿qué pasará cuando el analista hace transferencia con las teorías psicoanalíticas? Mi respuesta: se ha convertido en creyente.

BIBLIOGRAFÍA

BION, W.R. (1967). *Volviendo a pensar*. Buenos Aires: Hormé.

BRITTON, R: (1998). *Belief and imagination*. London: Routledge.

GADAMER, H.G. (1977). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.

MARUCCO, N.C. (1998). *Cura analítica y transferencia*. Buenos Aires: Amorrortu.

RACKER, H. (1959). *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós (1981).

WOLSTEIN, B. (1959). *Countertransference*. NY: Grune & Stratton.